



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

Regreso a la capital

En septiembre de 2001 abandoné Washington tres días antes del fatídico martes 11 de septiembre. Me pareció una ciudad bella y monumental. Los norteamericanos decidieron que la capital de los Estados Unidos tenía que estar a la altura de su grandeza. Es la “capital del imperio” me dijo apenas hace unos días mi amigo Francisco Manuel Acuña. El reporte que di aquél sábado fue que todo se hallaba en calma. Luego vinieron los ataques suicidas y la trágica aventura bélica de George W. Bush. Recuerdo con claridad que esa semana previa a los sangrientos ataques terroristas, Vicente Fox y una amplia comitiva habían sido recibidos por el Presidente norteamericano. La delegación mexicana no cabía de contento. Incluso hubo una fiesta con fuegos artificiales que el anfitrión le daba a su vecino, al presidente con botas. La celebración fue tan estridente que las luces y los ruidos se veían y escuchaban más allá del Potomac. Jorge G. Castañeda impulsaba la “enchilada completa” y soñaba con la Presidencia de México. Nos vendían la idea de que los presidentes vaqueros habrían de ponerse de acuerdo para aprobar una justa reforma migratoria. Pero como premonición de lo que habría de venir, Bush externó que mantenían diferencias: Cuando visitó el Rancho San Cristóbal, en Guanajuato, aseguró que odiaba el brócoli, el cultivo favorito de Fox.

Este lunes regresé a una ciudad viva, multirracial, tolerante y que se prepara para las elecciones que habrán de jubilar a la dinastía Bush. Ahora regreso gracias a una beca del Consejo Mexicano de Asuntos Exteriores y el Woodrow Wilson Center for International Scholars. Realizaré una estancia en esta prestigiosa institución, que me permitirá tomarle el pulso al momento histórico por el que atraviesa la Unión Americana. Paradójicamente desde aquel aciago 11 de septiembre y por razones totalmente diferentes, la sociedad norteamericana vive en ebullición. Se trata de un momento diametralmente opuesto. Ahora se renueva la esperanza: Como hace mucho tiempo no sucedía, los dos principales contendientes por la Casa Blanca podrían ser buenos presidentes. Pero Barack Obama puede significar un vuelco histórico en la decisión

de la sociedad norteamericana: El de elegir por primera vez en su historia a un presidente afroamericano. Igual que pudo suceder con Hillary Clinton, quien representaba la posibilidad de colocar a una mujer al frente de la máxima responsabilidad, Obama llega a la contienda con todo a su favor y con el desgaste de la presidencia republicana. John McCain, de triunfar, sería el presidente más viejo en ocupar el cargo —con 74 años cumplidos— y con una historia de prestigio basada en su largo cautiverio en la guerra de Vietnam.

El taxista indú que me condujo desde el aeropuerto de Dulles afirma que el 90% de los residentes de Washington están a favor de Obama. Pero cree que esa gran popularidad puede ser negativa. Me dice que los anglos no permitirán que Obama llegue a la Casa Blanca: “La CIA lo evitará”, afirma. No puedo dejar de pensar en el destino trágico de Robert F. Kennedy. Esperemos que no suceda otra tragedia. Sería un retroceso enorme para esta sociedad que parece reponerse de la embestida conservadora de los últimos años. Insisto, incluso McCain tendría que apartarse de una línea y un estilo personal de gobernar que han terminado por poner de acuerdo a los ciudadanos: La era Bush debe terminar y con ella una época de presidencialismo ramplón y salvaje. Los presidentes que a base de ocurrencias pretenden transformar el mundo.

En la parte posterior de la Casa Blanca encontré hace siete años a una mujer que desde 1981 se mantiene en protesta permanente contra las guerras. Es una pacifista que inició su plantón cuando un juez le quitó a su hijo. Sólo se le conoce por Concepción y hoy regreso pensando en que tal vez haya dejado de existir. Conchita sigue ahí, protestando. Cumple ya 27 años afuera de la casa presidencial. La encontré como hace 7 años; dispuesta a morir en la raya con la demencia producida por el dolor profundo de haber perdido a un hijo.

Así es esta ciudad de contrastes, de colores, multirracial, universal, tolerante, donde todo funciona con exactitud y se respeta la diversidad. Esta ciudad y este país merecen un nuevo presidencialismo.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.